

CHILE 11 DE SEPTIEMBRE 1973

Luis Maira

Chile antes de 1973 era un país económicamente subdesarrollado, pero política y culturalmente bastante avanzado; con grandes universidades, buenas escuelas públicas, con una tradición de reflexión y de formación que dio dos Premio Nobel en una generación: Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Ella fue la primera figura del continente que recibió el Nobel de América Latina. Así, Chile era un país que tenía esta tradición democrática, un gran espacio de la izquierda que fue creciendo hasta que Allende ganó el poder limpiamente en las elecciones de Septiembre de 1970. Parte de los orgullos y tradiciones de esa época era ser un país que recibía con los brazos abiertos a aquellos latinoamericanos que necesitaban una segunda patria cuando la suya caía en manos de dictadores o tiranos. Nuestro Himno Nacional tiene una última estrofa que los chilenos siempre cantamos con mucha convicción y la cantábamos más fuerte todavía en los años de la dictadura de Pinochet: “Dulce patria, recibe los votos con que Chile tus aras juró, que la tumba serás de los libres o el asilo contra la opresión”. Y Chile fue el asilo contra la opresión para muchos grupos de perseguidos de dictaduras latinoamericanas, fueran estas más largas o más cortas.

Insisto en que, creo que al igual que México, tuvimos un saldo favorable de acoger a esas comunidades de exiliados. Fue una ganancia que nos hizo crecer culturalmente, que nos dio un mejor conocimiento de la región, que nos creó más inquietudes por nuestra Patria Grande, la América Latina. El conocer a tantos hermanos de distintos países, que formaban su hogar en nuestra propias tierra y que nos enseñaban lo mejor que traían con ellos nos ayudó a progresar culturalmente.

Estábamos acostumbrados a recibir perseguidos políticos y a abrir puertas y no a golpear las puertas de otros países, de otras naciones hermanas como nos tocó hacerlo en 1973. Por otra parte, Chile fue un país, y esto es muy importante remarcarlo para entender por qué llegamos al golpe de estado, donde la política tuvo un lugar desmesurado. La política lo dominaba todo, era el centro de todo, era el eje de la vida, y la principal distracción también de los



chilenos. Si uno se juntaba en familia el día sábado o domingo con los padres y los abuelos era para hablar de política: de la próxima elección o para hacer el comentario vivo de lo que había pasado. Eso dominaba el 80 por ciento del diálogo y el 20 por ciento restante era para el fútbol. Cada persona tenía su posición política, era muy raro que alguien no tuviera inquietudes o posturas políticas. Cada vez más los jóvenes se fueron haciendo militantes. Yo fui parte de una generación en la que era mucho más honroso ser militante de un partido político y consagrarse en el trabajo social, que tener éxito en el



ejercicio individual de una profesión. No cambiábamos eso por nada, los mejores estudiantes de las universidades tenían esa característica: hacer una opción por lo social, por el compromiso colectivo y sólo unos pocos se dedicaban a sus asuntos. Y eso, hoy día se proyecta todavía; el Presidente Ricardo Lagos era el presidente del Centro de Estudiantes de la Escuela de Derecho cuando yo entré a la universidad. Yo luego estuve en el gabinete y ahí nos encontramos cuatro personas que habíamos sido presidentes del Centro de Estudiantes de Derecho de esos años, entre ellos el Presidente Lagos, el canciller José Miguel Insulza y el Ministro del Trabajo, Jorge Arrate. Varios habíamos sido también Presidentes de la Federación de Estudiantes de Chile después, que era un cargo de gran protagonismo y prestigio social. En síntesis, entonces los jóvenes tenían un compromiso muy activo con la política; los partidos eran muy grandes y muy fuertes y la política lo dominaba todo.

Los partidos de izquierda y, sobre todo los dos más grandes, el Comunista y el Socialista, más los partidos complementarios, el Partido Radical, el Mapu, la Izquierda Cristiana que formaron la Unidad Popular, llegaron a tener 500,000 militantes en un país que no tenía más de diez millones de habitantes y unos 250,000 eran jóvenes. Esta masividad del compromiso político fue creando una apuesta por visiones cada vez más completas

de nuevos tipos de sociedad. Y los chilenos nos dividíamos por nuestros sueños; por las visiones del hombre, del mundo, de la historia, por lo que estábamos pensando que se podía lograr. Y la verdad es que no había ninguna proporción entre nuestra fuerza y la magnitud de esos sueños que nos echábamos al hombro. Hacer una “revolución en libertad” como la llamó Eduardo Frei, el líder de la Democracia Cristiana o impulsar la “Vía chilena al socialismo” de Allende, “el segundo camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad”, distinto a la revolución rusa, y a los caminos conocidos hasta ese momento, lo que incluía a la revolución china, a la cubana y a otras. Y todo esto se intentaba hacer, además, en un país muy dividido, casi en tercios. Porque la derecha era fuerte y tenía casi un tercio del apoyo de la sociedad, el centro era fuerte y tenía otro tercio y la izquierda tenía el tercer tercio. Entonces el tercio que crecía ganaba la elección sexenal y los otros dos se juntaban y le hacían una espléndida oposición y a los seis años la tendencia cambiaba, era como un carrusel y otro tomaba el poder. Nunca un gobierno dejó sucesión política, entre 1946 y 1970 ensayamos todas las fórmulas y el último ensayo fue el de Salvador Allende y la Unidad Popular. De alguna manera Allende ganó por descarte, porque ya se habían probado todas las demás opciones y no habían funcionado. Entonces la gente dijo: démosle al Dr. Allende una oportunidad para probar su visión del país.

Yo quisiera subrayar esos dos rasgos que tienen que ver con lo que fue el desastre, la explosión, el gran fracaso democrático que representó el golpe de estado del 11 de Septiembre. Radicalidad, visiones absolutas, proyectos grandes, ambiciones y sueños, apoyos menguados (Allende ganó con el 36.4 por ciento y quería cambiar profundamente a la sociedad). Cuando se juntaron los otros fue muy difícil, los opositores tenían mayoría, crecimos en el gobierno con Allende de 36.4 a 43.4 pero todavía los otros tenían 56.6 de apoyo nacional, eran la mayoría y pudieron conspirar y el día en que además tuvieron a los militares, dieron el golpe. Todos los gobiernos eran gobiernos minoritarios con grandes ambiciones, tremendos proyectos y sueños y la gente se comprometía con la política de una manera completa. ¿Resultado? El país se polarizó y cuando vino el gobierno de Salvador Allende que tenía un proyecto que quería cambiar a la sociedad chilena en serio, que implicaba profundizar la reforma agraria, una apertura internacional hacia aquellos países del bloque socialista con los que no había habido vínculos; que implicaba un área social de la economía; que implicaba una reforma educativa, un acceso de los trabajadores a posiciones nuevas, todo eso originó reacciones más brutales y duras que las que antes se provocaban entre oposición y gobierno. Así, el país llegó al borde de una guerra civil, vivió un conflicto muy agudo, muy extremo, donde la convivencia política ya no era posible. Y el golpe fue la culminación de estas dificultades de la convivencia; las familias se dividieron, ya no iban los domingos los hijos a comer con los padres porque unos estaban a un lado y otros al otro, y se había roto la amistad cotidiana de los chilenos antes de romperse la democracia y terminar en el golpe de estado.

Creo que era importante que les explicara cómo fue que Chile pasó de receptor de asilados a productor de asilados; como pasamos de una sociedad republicana a una dictadura, una dictadura tan sistemática, global y terrible como la que encabezó el General Augusto Pinochet. Por eso quiero contarles que el día 11 de Septiembre de 1973 es un día al que se le puede aplicar esta maravillosa expresión mexicana que no he encontrado en otros lados y que la uso siempre, es “un parteaguas” dicen ustedes. Hablamos de un hito divisorio en la historia, de un antes y un después. Pero en nuestro caso ese parteaguas fue un hachazo, ese día nuestra vida cambió para siempre. Y todo fue distinto porque el país que instauró el General Pinochet era un país casi antagónico al que habíamos vivido no sólo con el Presidente Allende, sino con todos los gobiernos republicanos que habíamos tenido después de 1932. Lo que era legal y limpio el 10 de Septiembre pasó a ser delictivo e inaceptable el 11 de Septiembre: pensar distinto, tener un partido, fundar un sindicato, hacer una demanda social ya no se pudo; entró otra visión de la economía, otra visión de la política, otra visión de la sociedad; otras restricciones para la cultura. Conocimos la

censura, la proscripción de las ideas, el toque de queda, el estado de sitio y pasamos a vivir en un país tan distinto al que habíamos tenido hasta ese momento y donde las libertades nos parecían algo garantizado para siempre.

Y en este contexto se produjo rápidamente por el impacto devastador del golpe de estado del 11 de Septiembre la aparición de este fenómeno nuevo y masivo que fue el exilio político. En pocos meses salieron de Chile 120,000 personas, militantes y dirigentes de los partidos de izquierda y de las organizaciones sociales, porque no podían vivir en el país donde estaban en juego su integridad, su vida, su seguridad personal. Que no tenían trabajo, además. Muchos pasaron por los campos de concentración que la dictadura abrió; el primero y más grande fue el propio Estadio Nacional donde se hizo el mundial de fútbol de 1962 con capacidad para 77,000 personas; ahí 20,000 personas fueron detenidas en los sótanos, en los camerinos, y en las propias canchas del estadio. Hubo una máquina de ejecuciones y eliminación en los sitios anexos al propio campo de fútbol. Luego se abrieron los campos de concentración más emblemáticos: Chacabuco, Pisagua, la isla Dawson, Ritoque y otros lugares donde fueron llevados miles y miles de personas que el día en que eran liberados sabían que ya no tenían un espacio en su patria, que tenían que irse. Entonces una inmensa solidaridad mundial llegó de países de los cinco continentes para acoger a estos refugiados y 120,000 personas por razones políticas se fueron al exterior; después también partieron otras 750,000 más por razones económicas, porque había listas negras de gente que no tenía derecho a trabajar en Chile y quien no tiene derecho a trabajar en la práctica no tiene derecho a vivir en su país, de modo que tuvieron que seguir el camino de los exiliados políticos. Como perseguidos económicos no tenían prohibición de permanecer en Chile, pero al carecer de la capacidad para sustentar a sus familias también se fueron.

De esta forma, un país de diez millones de habitantes tuvo casi un millón de personas fuera cuando en las décadas previas nunca había salido nadie por razones políticas.

Esto nos cambió también para siempre como país, no hay duda que ha tenido un impacto estratégico. Tener un exilio de este volumen y en una forma así de sorpresiva cambia para siempre a una nación. Ahora sabemos que Chile no va a ser nunca más el mismo y que todos los días y de mil maneras se hace presente el impacto de este exilio. Hay así un trozo de Chile que permanece afuera y que es el resultado de esta diáspora, de esta masiva dispersión de una parte tan fundamental de nuestra gente. ☒

Luis Maira (Santiago, 1940). Abogado, académico, diplomático y político chileno. Fue Embajador de Chile en México.